



avanzaba sobre la ciudad de Parras, Escobedo, que había establecido su Cuartel General en Linares, y que juzgaba atrevido el movimiento, dió orden á Treviño para que con 800 hombres de su brigada, y uniéndose á la de Naranjo, marcharan ambas en auxilio de dicho jefe, el cual por sí solo ocupó la población referida, derrotando á la fuerza traidora que allí había; mas después de dos días de obtenido ese triunfo tuvo que abandonarla, por no serle posible resistir dos columnas que sobre él venían; una de franceses á las órdenes del Coronel Briant, y otra de imperiales dirigida por Máximo Campos, que deseaba vengarse del desastre que había sufrido en dicha población, poco tiempo hacía.

Treviño llegó el 30 de Abril á la Hacienda de Santa Isabel, y la noche de ese día se le incorporó Viezca, con parte de su tropa, que no pasaba de 300 hombres: estaban discutiendo los jefes liberales el lugar más oportuno para librar el combate, cuando se presentaron los enemigos y cargaron inmediatamente sobre sus contrarios: éstos recibieron tres asaltos desesperados, al fin de los cuales, desprendiéndose de sus posiciones, envolvieron completamente á los asaltantes.

Treviño y Naranjo animaban con su presencia y arrojo á sus compañeros, siendo el resultado de la refriega uno de los más brillantes triunfos obtenidos en aquellas regiones: los franceses, incluso su jefe Briant, fueron deshechos; aniquilados, porque no quedó con vida más que uno; por parte de los republicanos las pérdidas fueron demasiado sensibles, pues tuvieron un gran número de muertos y muchos heridos, contándose entre éstos el valiente Naranjo que recibió un balazo en una pierna.

A pesar de lo costosa que fué esta batalla, las consecuencias fueron muy fecundas para los defensores de la independencia, pues los franceses ensoberbecidos por su fama y por las victorias obtenidas sobre tropas desorganizadas, se llenaban de orgullo al suponer que la sola presencia de una patrulla que destacasen sobre fuerzas superiores bastaba para disolverlas y acabarlas, de cuya aparatosa presuntuosidad eran una prueba los ampulosos partes oficiales que dirigían continuamente, y en los que campeaban la exageración y la mentira, estampadas en presencia de infinidad de testigos, que no podían desmentirlas por temor al castigo.

Sin embargo, ya desde antes de la batalla de Santa Isabel, su vani-

dad y su altanería empezaban á ser quebrantadas, pues los republicanos, aprovechando las lecciones de la experiencia, y provistos de medianos elementos de guerra, empezaron á desafiar á sus contrarios, dejando el sistema de guerrillas y presentando regulares cuerpos de ejército que peleaban con excelentes resultados, humillando más de una vez á quienes se hacían llamar *modestamente* los primeros soldados del Mundo.....

Mientras Treviño, Naranjo y Viezca recogían merecidos laureles en Santa Isabel, Escobedo emprendía expediciones sobre Matehuala y otros puntos, á la sazón que el valiente y pundonoroso General Albino Espinosa se dirigía á batir al foragido Dupin, que había ocupado el pueblo de Dr. Arroyo y que salió al encuentro de aquél, trabándose un reñido combate, que dió la victoria á los liberales, pues sus contrarios no sólo abandonaron la población enunciada, sino toda la comarca, que pudo verse libre de las atrocidades de un enemigo como el execrable bandolero, cuyos hechos inauditos quedaron escritos con sangre en varios lugares de la República, especialmente en Tamaulipas, de donde fué arrojado por la intrepidez y la heroica constancia del Coronel Méndez, nulificándose esta vez para siempre.

Los triunfos acabados de reseñar, llamaron la atención del Mariscal Bazaine, y en consecuencia, formó un nuevo plan de campaña, que según su sentir, debería traer como resultado el aniquilamiento absoluto de los republicanos de la frontera.

El General Douay fué el encargado de realizarlo, al frente de fuerzas respetables, avanzando desde luego al Saltillo; mas las hábiles combinaciones de Escobedo desconcertaron al enemigo, que al último, y al ver frustradas sus intenciones malévolas, montó en cólera y con una barbarie digna de las tribus del Africa, impuso fuertes multas á las poblaciones indefensas de Galeana, San Pedro, Iturbide y la Hacienda del Potosí, destruyendo, además, grandes provisiones, y mandando incendiar el pueblo de San Pedro y el de Río Blanco, llevándose infelices mujeres y hasta familias deploradas, y cometiendo sus tropas crímenes horribles que la pluma se resiste á describir.

Jeanningros, que debía cooperar con sus tropas al desarrollo y buen éxito del plan mencionado, se retiró violentamente hacia Monterrey, abandonando la vía carretera, atacado por las fuerzas de los atrevidos jefes Narciso Dávila y Ruperto Martínez, que lo hostilizaron



GENERAL FRANCISCO NARANJO.



hasta las puertas de la ciudad, en la que entró después de una marcha penosa, pues los republicanos reunidos en número regular corrieron en su busca, que él eludió dejando el camino ordinario, y arros-trando los inconvenientes de un deshecho temporal.

Así concluyó la famosa expedición de la que se esperaban tan fun- nestos resultados para la causa nacional, y que sólo proporcionó la gran ventaja de levantar la moral del soldado republicano, y este re- sultado plausible dejó en aptitud al infatigable Escobedo de concebir y poner en práctica nuevas operaciones, pues se trataba de cortar al enemigo entre el Saltillo y Monterrey, distraendo su atención, mien- tras se emprendía un ataque formal sobre Matehuala, punto impor- tante que podía proporcionar abundantes recursos de hombres y di- nero.

Estaban ya en marcha las tropas que debían atacar esta última po- blación, cuando por diversos conductos se tuvo noticia que de Mata- moros salía un gran convoy, custodiado por dos mil hombres, entre austriacos, americanos confederados y traidores, á las órdenes del Ge- neral Olvera, en combinación con otra fuerza de mil quinientos fran- ceses y belgas, que conducía una conducta de caudales salida de Mon- terrey, y que se dirigía al referido Puerto: ambas columnas debían prestarse mutuo auxilio, y la segunda iba mandada por el Teniente Coronel de Tucé.

Escobedo tomó en el acto sus disposiciones: los franceses habían llegado á Cerralvo, adonde se dirigió con el designio aparente de ata- carlos, lo que le valió que aquéllos se encerrasen en la plaza, en es- pera de Olvera: dejó al frente de la población al incansable Ruperto Martínez con 600 caballos, para que los entretuviese, y él contramarchó con el grueso de sus tropas, en busca del enemigo, al que encon- tró en las lomas de Santa Gertrudis el 15 de Junio; y queriendo darle una sorpresa, emboscó su fuerza, por lo cual, aquél caminaba sin des- confianza; más la imprudencia de uno de los jefes, que faltando á la rígida consigna salió á provocar á los imperiales, hizo que éstos des- cubriesen el campamento republicano, y sospechando la existencia de una emboscada, destacaron sobre los provocadores una fuerte colum- na de caballería, que obtuvo el que la guerrilla imprudente se reple- gara á donde se hallaban reunidos sus compañeros.

Este incidente imprevisto obligó á los imperiales á detenerse y or-

ganizarse para librar un combate al día siguiente por estar ya muy entrada la noche.

Descubierto el plan de Escobedo, éste ordenó que el campamento liberal se mudase y estableciese de manera que el enemigo no sospechase que la emboscada existía casi á la misma distancia que la que había sido descubierta la tarde anterior: se impuso más severa la consigna de guardar un silencio absoluto, y todo presagiaba el buen éxito de un golpe que los imperiales no podrían evitar.

Al despertar la aurora del día 16 de Junio, Olvera estaba listo con sus tropas para entrar en combate; á su vez, los republicanos, que al variar de posición habían aprovechado todas las ventajas del terreno, estaban pecho á tierra, en actitud espectante, para lanzarse contra el enemigo, llegada la vez: éste, bien organizado, avanzó resueltamente hacia el sitio donde había descubierto la víspera el campamento, y explorando el campo, rompió el fuego de cañón en abanico, ó sea en posición divergente, con lo cual trató de descubrir el número y calidad de la tropa contra quien iba á combatir. Esta la componían cuatro columnas de infantería, dos de caballería y la de reserva. Formaban la primera un cuerpo de cazadores y otro llamado mixto, al mando del Coronel Alonso Flores, y como segundo, el de igual clase N. Cáceres.

La segunda constaba de los batallones Zaragoza é Hidalgo, á las órdenes del Coronel Don Miguel Palacios, y del Teniente Coronel D. Emilio Mayer.

La tercera estaba compuesta de los batallones rifleros de Naranjo y rifleros de China, con su comandante Don Narciso Dávila al mando del primero y su segundo el Coronel Adolfo Garza.

La cuarta era formada de la brigada Canales á las órdenes del jefe de su nombre y su segundo el Coronel Don Julián Cerda.

La primera de las columnas de caballería estaba compuesta de la Legión del Norte, al mando del Coronel Don Joaquín Garza Leal, y la segunda de Carabineros de Lampazos y un piquete de Supremos Poderes, á las órdenes del Teniente Coronel Don Higinio Villarreal, que tenía por segundo al de igual grado Don Juan N. Saenz.

En la reserva quedaron los batallones de Zapadores, libres de la frontera y tiradores del Bravo, teniendo á su cabeza al Coronel Don Salvador F. de la Cabada, y como segundo al Teniente Coronel Don Vicente Mariscal.

Escobedo tomó bajo su mando las columnas de infantería, llevando como segundo al Mayor General Sóstenes Rocha; las caballerías quedaron á las órdenes del intrépido Gerónimo Treviño, que merecidamente acababa de ascender á General de Brigada.

El enemigo desplegó sus columnas de ataque, cubriendo su frente una extensa línea de tiradores; siguió su avance sin ser molestado hasta llegar á una distancia de 150 metros de sus contrarios, que poniéndose en pie rompieron sus fuegos. La distancia era tan corta, que apenas dió tiempo para hacer una descarga, siguiendo una lucha á la bayoneta, tan soberbia é impetuosa, que los imperiales retrocedieron por largo trecho, hasta apoderarse de una ligera eminencia: siendo de absoluta necesidad el desalojarlos de allí para obtener la victoria, dispuso Escobedo que Rocha cargase por el flanco izquierdo, Canales por el derecho y él por el frente de la batalla, cumpliéndose estas órdenes con tal rigor y exactitud que los imperiales embestidos con harta furia por todas partes, fueron derrotados completamente, rindiéndose sus batallones á discreción, pues apenas Olvera pudo ponerse á salvo con unos cien ginetes y algunos oficiales y jefes, que para escapar contaron con la velocidad de sus caballos.

Todo quedó en poder de los republicanos: trece piezas de artillería con sus municiones, muchas armas y caballos y entero el convoy que conducía la fuerza derrotada.

El enemigo dejó sobre el campo de batalla 251 mexicanos y 145 austriacos muertos, 121 mexicanos y 45 extranjeros heridos y 858 mexicanos y 143 europeos prisioneros: los republicanos tuvieron 155 muertos y más de 100 heridos; todo lo cual revela lo encarnizado de la lucha y la indómita bravura de los liberales y su excelente organización, pues que con un número menor de fuerza pudieron derrotar á un enemigo superior en cantidad de hombres armados, mejor equipados, dirigidos por jefes expertos y bajo el estímulo de los extranjeros que se creían invencibles.

El desastre de Santa Gertrudis fué de mucha trascendencia para la causa nacional; y los imperiales que conocían esa importancia, trataron de atenuarla lanzando la especiosa de que el vencimiento se debió al auxilio de filibusteros de los Estados Unidos; aserto destituido de verosimilitud, pues los republicanos, para honor y gloria de México, no tenían en sus filas arriba de tres extranjeros, mientras los traido-